

BOLETIN DE ESPIRITISMO Y METAPSIQUICA

Estábamos convencidos de la vaciedad científica, tanto del Espiritismo moderno, que alardea de ciencia, como de la Metapsíquica enemiga del orden sobrenatural y destructora de la ciencia clásica. Las vanas pretensiones de ambos quedaron al descubierto: solemne y oficialmente en el tercer Congreso Internacional de Investigaciones Psíquicas celebrado en París (26 de sept.-2 de oct., 1928) (1), y antes en los excelentes trabajos de PAUL HEUZE (2), MONDEILL (3), GRASSET (4) y HEREDIA (5). Y, sin salir de nuestra Patria, la misma tesis había sido ya demostrada muchos años antes por el docto astrónomo y experimentador José COMAS Y SOLÁ (6), cuyo reto ingenuo y valiente al espiritismo moderno fué corroborado por un testigo presencial de las sesiones espiritísticas, doctor Jerónimo Estrany.

Pues bien, nuestra literatura antiespiritístico-metapsíquica se ha enriquecido en los dos últimos años con cuatro obras voluminosas que vamos a presentar a nuestros lectores: dos de ellas con alguna detención, al paso que de las otras dos haremos tan sólo ligeras indicaciones con el objeto de completar la materia.

1. Viene en primer lugar la *Metapsíquica y Espiritismo*, por FERNANDO M.^a PALMÉS, S. J. (XII-920), 73 grabados-4.^o-1932. Pre-

(1) *COMPTE-RENDU* du troisième Congrès international de Recherches Psychiques (París, Institut Metapsichique international 89, Avenue Niel); páginas 14, 18, 271.

(2) *LES MORTS VIVENT-ILS? ENQUETE SUR L'ETAT PRESENT DES SCIENCES PSYCHIQUES* (La Renaissance du Livre, París, 1926); *OU EN EST LA METAPSYCHIQUE?* (Gottier Villars, París, 1926); *L'ECTOPLASME* (La Renaissance, París).

(3) *LE FLUIDE HUMAIN* (Berger-Lerrault, París, 1927).

(4) *EL ESPIRITISMO ANTE LA CIENCIA; EL OCULTISMO AYER Y HOY*, versión castellana de G. Cabreño (Sáenz de Jubera, Madrid).

(5) *SPIRITISM AND COMMON SENSE* (xviii-22), 8.^o—P. J. Kennedy et Sons, New-York, 1922-23).

(6) Editorial "Atlante" (Diputación, 344. Barcelona).

cio: 20 p. (Exclusiva de venta, "Ediciones FAX", Plaza de Santo Domingo, 14, Madrid.)

Imaginad una hiedra, que en su porción inferior sube adherida y enroscada a otro árbol, y que, después de tocar la cima de éste, yergue su copa por los aires sola ya y sin apoyo. Pues en la mente del P. Palmés esa hiedra, mitad trepadora, mitad no, simboliza el espiritismo científico actual en su doble aspecto: de los fenómenos maravillosos que en su favor aduce y del sistema doctrinal que sobre ellos levanta. Ese otro árbol de apariencia más consistente, representaría la Metapsíquica, ciencia, al decir de sus partidarios, tan crítica y positiva como la física y la psicología experimental.

Si así fuera, el espiritismo científico, que vive de su savia de ella y hasta cierto punto compenetrado y aun identificado con ella; sería también: primero, una ciencia positiva por los hechos, y después, una filosofía por las conclusiones de los mismos. Una es, por tanto, la suerte del espiritismo y de la Metapsíquica, o, cuando menos, golpe que tronche a ésta dará también en tierra con aquél.

Pues bien, ese golpe mortal, asestado a un tiempo contra espiritistas y metapsíquicos, es la tesis fundamental del libro que examinamos.

Previa una prolífica introducción (pp. 1-40), para descubrirnos esas relaciones íntimas y simbióticas, que median entre el espiritismo científico de nuestros días y la metapsíquica tipo Richet; prueba en la *primera parte* (pp. 41-393) que los fenómenos metapsíquicos, coincidentes con los espirítas, no forman una ciencia positiva; y en la *segunda*, que el cuerpo de doctrinas espiritistas construido sobre ellos no merecen el nombre de filosofía (395-633). En la *Conclusión* (635-784) a manera de apéndice práctico, aunque por su extensión pudiera ser otra tercera parte; después de echar una mirada retrospectiva para remachar el clavo o tema fundamental de toda la obra, trata ampliamente tres cuestiones adicionales: la morbosidad mental, la immoralidad y la irreligión del espiritismo. Ambas partes y la conclusión van divididas en secciones, éstas en capítulos, y cada capítulo en apartados con un epígrafe al frente. Un doble apéndice: alfabético-ideológico de materias, y sistemático de capítulos, facilita su manejo. ¿No nos dice este diseño general de la obra la oportunidad, así del tema elegido como del modo de enfocarlo, y hasta la trabazón lógica y orden sistemático de su desarrollo?

Para hacerlo más evidente y vislumbrar la ingente copia de doctrina sólida, metódica y profusamente documentada que atesora tan extenso volumen, fruto inmediato de cuatro años de estudios y de polémicas orales y escritas con más de un espiritista metapsíquico; nos basta recorrer sumariamente sus ochocientas y pico páginas, deteniéndonos algo más en el frontispicio, que es su introducción.

Para extenderse la patente de científicos los espiritistas actuales, no invocan alguna de las ciencias "clásicas" o conocidas (experimentales, filosóficas, teológicas, sobrenaturales), "conocimientos anquilosados, incapaces de progresar" (12), que apodian ellos despectivamente con el nombre de "ciencia oficial"; ni siquiera la ciencia simplemente oculta o esotérica, que, transmitida de los países misteriosos del Oriente, adquieran contadísimas personas mediante secretas iniciaciones (12-15); sino una ciencia de nuevo cuño (15). La cual, si en cuanto a su objeto coincide en parte con el ocultismo, príciase de ser en sus investigaciones tan crítica y experimental como la positiva clásica. Su nombre, tan poco adecuado y anfibológico, como otros que se le dan en las diversas naciones: Parapsicología, Ocultismo científico, Psicología supranormal..., es el de Metapsíquica (Richet, 1905).

Pero, nótese bien: no la metapsíquica *conservadora* de los Grasset, Heredia S. J., Mondeil, quienes, supuesto el orden sobrenatural, estudian los fenómenos psicológicos maravillosos del orden natural para reducirlos a las leyes inmutables de la psicología clásica, de la cual sería tan sólo un nuevo capítulo: sino aquella otra metapsíquica *revolucionaria* que, desconociendo el orden sobrenatural, hace objeto de su estudio todo lo maravilloso, aun los milagros, para construir con ellos una nueva ciencia, tan enemiga y destructora de la psicología "oficial" como amiga y "fautora" del espiritismo (16-27).

El tipo de esta metapsíquica, tronco al que se enrosca el espiritismo, baluarte en que se encastillan los espiritistas científicos: es, a no dudarlo, el *Traité de Metapsychique* de Charles Richet (1922). Cierto que, como varios otros metapsíquicos, niega éste rotundamente militar en las filas del espiritismo, y llama frágiles las teorías espiritistas; pero no es menos cierto que admite gran parte de los fenómenos espiritistas; y emplea en sus investigaciones los procedimientos mediúmnicos del espiritismo; y confiesa que en ciertos casos la hipótesis espírita, simplista y todo, parece preferible; y

se queja de que los espiritistas no le hayan agradecido "la tentativa de situar en el orden de los hechos científicos todos los fenómenos en los que se fundan sus creencias" (27). Y lo que más hace al caso es que muchos de los espiritistas intelectuales citan a menudo el *Traité de la Metapsychique*, y pronuncian el nombre de su autor con una veneración casi supersticiosa, y barajan como sinónimos los nombres de Metapsíquica y Espiritismo (28-39).

Nadie, por tanto, extrañará que el P. Palmés, sin pasar por alto otros autores y hechos más recientes, tome por guía y objeto de su estudio este Tratado en los puntos comunes al espiritismo y a la metapsíquica. Si ésta, tal como la entiende y explana su primer sistematizador y propagandista, no pasa de ser una pseudociencia; el espiritismo, avalado con ella, carece de valor científico. De este modo, al mismo tiempo que al espiritismo, da un rotundo mentis al código fundamental de la metapsíquica propiamente dicha el docto ex profesor de Psicología en el colegio de Sarriá.

En la primera parte del libro es el historiador y crítico científico, el juez imparcial y objetivo, que observa escrupulosamente hasta los mínimos detalles de las deficientísimas sesiones metapsíquico-espiritísticas; que pasa revista y describe el carácter de los principales mediums, "sin los cuales no hay metapsíquica", en frase de Richet (53); que explora en libros, revistas, fotografías y demás archivos del espiritismo y metapsíquica los fenómenos alegados por ambos en pro de su carácter científico, o sea los hechos principales de ectoplasmia, telequinesia y criptesthesia, ilustrándolos con setenta grabados eloquentísimos, traídos en general del campo enemigo; que derrocha paciencia examinando al detalle y palmo a palmo las circunstancias de cada fenómeno; que consulta sobre los mismos a propios y extraños, y siempre los más competentes y técnicos en la materia (véase el cap. XIX): y al cerrar el proceso, puede fallar con justicia que, tanto el espiritismo fenoménico como la metapsíquica en que se apoya, ni por su método de investigación, deficientísimo y fraudulento, ni por sus resultados son acreedores al nombre de ciencia.

Por su parte, el lector que haya tenido paciencia de seguirle a través de aquellas minuciosas descripciones de fraudes y trucos, indignos de parte de los mediums; candideces infantiles, comedias indignas y credulidad anticientífica por parte de los experimentadores, quienes antes los ectoplasmas más ridículos y groseros se obstinan

en exclamar como Richet: "Sí, esto es absurdo; pero poco importa, es verdadero": todo, lector, repetimos, inmune de la manía espiritista que tenga un poco de sentido común; fatigado de tanto inercia, vaciedad, ridiculeces y contradicciones, como habrá leído: no podrá menos de subscibir el veredicto, añadiendo de su propia cosecha: "esto, ni es ciencia ni merece los honores de una discusión seria". Para muestra, véanse las experiencias personales del mismo Richet en la Villa Carmen (156-176), el Cantilever de Crawford (275-302) y la Vuelta de Oscar Wilde (374-393), que son de lo más pintoresco.

Y henos ya en el campo especulativo o filosófico, en "el ideario del espiritismo" (479). No es ajeno al tema fundamental ni superfluo el estudio de esta nueva faceta del espiritismo. Porque es de saber que en muchos de sus adeptos las convicciones espíritas son anteriores a los hechos maravillosos, e hijas de cierta especie de fascinación que sobre ellos ejerce la llamada "filosofía esperitista". Ahora bien, de esta filosofía en general afirma el P. Palmés que ni es del espiritismo, ni es filosofía. No es del espiritismo, porque, en efecto, la mejor de todas las sistematizaciones espiritísticas, que es la de Allan Kardec, ni en la parte positiva ni en el círculo de negaciones gratuitas de todo lo sobrenatural, contiene un solo pensamiento original (473). No es filosofía, porque contra la usurpación de ese augusto nombre protestan a una la fuente primordial de semejantes doctrinas, a las que dió origen la farsa grotesca e inconcebible sostenida durante cuarenta años por las tres hermanas Fox, convictas y confesas dos de ellas de impostura y mercantilismo (408-431); la mentalidad grosera y morbosa de sus continuadores, los espiritistas vulgares y los intelectuales; la literatura espiritista, por un lado plagada de errores históricos, científicos, teológicos, filosóficos, escripturísticos..., y, por otra, tan soez y tabernaria a veces que rebajaría a las mismas verduleras (457-460); la multiplicidad y aun oposición de sus doctrinas, ni más ni menos que las del protestantismo, pues, como éste permite el libre examen, el espiritismo por boca de su jefe doctrinal "no impone creencias y sólo invita al estudio" (436); multiplicidad, por otra parte, confesada por unos, negada por otros (XXXII), patente de un mood oficial en las distintas fórmulas de fe acordadas por los distintos congresos generales de la secta. El autor, obligado a elegir una de esas fórmulas para rebatir en particular las doctrinas fundamentales del espiritismo, opta por la que votó el Co-

mité Ejecutivo de la Federación Espírita Internacional, fórmula más propia de los pueblos latinos.

Según ella, "el espiritismo es una filosofía que descansa sobre datos científicos precisos, y cuyos principios fundamentales son éstos: Existencia de Dios, Inteligencia y Causa suprema de todas las cosas; Existencia del alma, unida durante la vida terrestre al cuerpo físico perecedero por un elemento intermedio llamado perispíritu o cuerpo etérico; Inmortalidad del alma, que evoluciona continuamente hacia la perfección por estadios progresivos y se reencarna sucesivamente en planos de vida correspondientes a su estado de adelantamiento; Responsabilidad individual y colectiva de todos los seres, según la ley de causalidad" (504).

A pulverizar uno a uno esos artículos fundamentales del credo espiritista está dedicada toda la sección segunda de la segunda parte. En sus ocho capítulos—de los mejores y más personales de la obra—campea junto con la riqueza de doctrina del eruditio el fuego graneando del polemista, el talento profundo y analítico del profesor veterano, avezado en las clases y disputas a desentrañar el sentido de las proposiciones, a fijar el estado de las cuestiones, a desalojar al enemigo paso a paso de todas sus posiciones, hasta dejarle sin palabra, o marcado con el sambenito del ridículo, o derrotado con sus propias armas.

El Dios impersonal de muchos espiritistas, dice el autor, refutados por el propio Allan Kardech (516), es insostenible, identifíquese con el mundo de la materia o de los espíritus según los diversos gustos, y en vano intenta parapetarse tras del panteísmo idealista (503-530). El perispíritu, verdadero factotum del espiritismo, y que lejos de ser original es una "idea de los primitivos salvajes", fué tildado ya por Santo Tomás de "fictitium et derisibile". Es, pues, a todas luces una hipótesis gratuita, inútil, refiada con la naturaleza y constitución del compuesto humano, metafísicamente imposible y, lo que pone el colmo a tan irresistible argumentación, lleva lógicamente al materialismo, o sea a un "espiritismo sin espíritus" (531-554). Pues la inmortalidad espiritística no pasa de ser una etiqueta, ya que la evolución indefinidamente progresiva, sobre ser un postulado arbitrario de los espiritistas, es además intrínsecamente imposible e incompatible con la inmortalidad individual. Y ¿qué decir del segundo pilar sobre el que descansa dicha inmortalidad la reencarnación de las almas, sino

que es una fantasía desprovista de toda prueba y un cúmulo de absurdos y falsedades? (568-607). ¿Qué de la moral espiritista basada en el principio de "Causalidad o Karma" teosófico, sino que, además de no probarse y contradecir a la experiencia, y a la razón, y a los más caros sentimientos entrañados en el corazón de toda la humanidad; es una teoría horrible, desesperante e inhumana?

En la *Conclusión*, sea para orientar al lector que haya recorrido las 600 páginas anteriores, sea para ayudarle la memoria, ofrécese, ante todo, en forma de conclusiones una doble recapitulación sobre la doctrinas y fenómenología espiritística, y a continuación se vuelven a refundir todas ellas en un tercer capítulo el XLIII, titulado así: "La verdadera ciencia es contraria al espiritismo y a la metapsíquica, pese a los efugios inútiles, pretensiones ridículas e intolerables, intrusismo de los pseudocientíficos y pseudofilósofos vocingleros". Y sin más, quedaba superabundantemente desarrollado el tema fundamental de toda la obra. Pero, si no son partes integrantes, tampoco se puede decir que caen fuera de ella las dos restantes cuestiones adicionales: sobre la higiene mental y la heterodoxia teológica del espiritismo y su cómplice la metapsíquica.

Efectivamente, la práctica del espiritismo, afirma el P. Palmés extractando una conferencia notable de profilaxia mental por el acreditado alienista parisense Mr. Desoille, puede llevar y de hecho ha llevado a multitud de trastornos mentales, ridículos unos y otros peligrosos y de gravísimas consecuencias inmorales (683-713). Y ¿no será ésta, entre otras, la clave para explicar tantas ineptias y tanto fanatismo como hemos visto en las páginas anteriores?

Además, el espiritismo, cúmulo de errores perniciosísimos y de prácticas supersticiosas y necrománticas, no podía menos de ser condenado por la Iglesia; condenación que, lejos de poner trabas a la verdadera ciencia, vuelve por su prestigio y deja a los católicos en plena libertad para discutir y apreciar los fenómenos espíritas, como lo demuestra la gran diversidad de opiniones que reina entre ellos acerca de los dichos fenómenos.

La que defiende el autor, lo mismo sobre el alcance y valor de los documentos pontificios que sobre la última cuestión con que se cierra toda la obra, ¿el diablo en el espiritismo?, nos parece más acertada que sus contrarias.

Después del análisis crítico de la fenomenología espiritista y me-

tapsíquica, objeto de la primera parte, ni puede admitirse la teoría de la intervención diabólica *directa* en los hechos que hemos discutido y juzgado auténticos, ni se deben admitir todos los hechos sin discusión o con demasiada facilidad, fiándose en que todos ellos se pueden explicar natural y científicamente, como lo hace Th. Mainage, O. P. La posición del autor, del P. Roure, S. J., Heredia, S. J., y la mayor parte de los católicos especialistas en estas materias, que también suscribimos nosotros, es la de que en los hechos hallados auténticos en una discusión previa no consta la intervención diabólica *directa*.

Tal es el formidable alegato del docto ex profesor de Sarriá contra las pretensiones científicas de los espiritistas y metapsíquicos. Formidable, decimos, por la rica y selecta documentación en que se apoya, orden metódico, objetividad y solidez doctrinal, claridad de raciocinio y lógica varonil y apremiante. Todo en él está supeditado a esta argumentación clara, veraz y persuasiva. Y estas dotes, a nuestro juicio, forman el mérito principal del libro, ya que el autor no ha sido ningún experimentador a lo Comas, Heredia, etc.

Si sobre ese mérito de fondo hubiera evitado la abusiva complicación de muchos párrafos, la prolíjidad y redundancia del estilo, que nierman claridad y fuerza al pensamiento; si el libro estuviera escrito en estilo más sobrio, conciso, elegante y ameno, y con dicción más propia, sencilla y castiza, hubiera resultado dos veces magistral, y, sin dejar de interesar a los especialistas y aficionados, hubiera sido más accesible y atrayente a los demás sectores de personas cultas.

2. En este como en varios aspectos la nueva obra del P. CARLOS M.^a HEREDIA, S. J., *Los Fraudes Espiritistas y los Fenómenos Metapsíquicos* (XIV-392)-4.^o (imprenta "Teresita", México, 1931), es la contrafigura de la anterior.

Dados sus títulos, ambos tratan naturalmente las mismas materias. Ambos proceden en sus afirmaciones y raciocinios con método, lógica irrefragable y crítica objetiva. Ambos conocen a fondo, los tienen delante e impugnan a unos mismos enemigos: el espiritismo moderno y la Metapsíquica; pero con muy distintas armas y estrategia.

Al general frío y calculador de la primera parte sucede en esta obra el espontáneo y juguetón guerrillero, más práctico y temible, si cabe. Al grave y ponderado profesor de Filosofía sustituye aquí

el conferencista popular y anecdotico, que durante ochenta años ha dado 624 conferencias a un total de más de 300.000 personas de todas clases. Al tratadista serio y sistemático, el humorista de efecto, cuyos artículos impresionantes han vestido de gala centenares de veces a los principales periódicos y revistas norteamericanas. Al investigador erudito y calculado, el veterano ilusionista, que en incontables sesiones ha reproducido, a plena luz muchas veces y nunca sin más ayuda que sus solas fuerzas y habilidades personales, los fenómenos más sorprendente del espiritismo y la Metapsíquica: el ectoplasmia, las fotografías (aparentes) de los espíritus, los raps, levitaciones, las alucinaciones, los mensajes..., con aplauso, no sólo de sus numerosos auditórios, que contemplaban atónitos sus maravillosas pretidigitaciones, sino de la Prensa en general, que llenaba profusamente sus columnas relatando sus inexplicables aventuras.

Por eso, cuando en 1922 apareció en inglés su primer libro *Spiritism and Common Sense*, en menos de seis meses tuvo dos ediciones, antes de cumplirse el año se había traducido al alemán, holandés y portugués; y muchísimos amigos españoles e hispanoamericanos suplicaron al autor lo tradujera él mismo al castellano. Y lo que entonces se negó a hacer calculadamente, nos lo da ahora con creces en esta nueva obra original mucho más completa, "fruto, dice el prólogo, de laboriosos estudios".

Tal es la competencia extraordinaria, tales las credenciales, casi desconocidas entre tratadistas católicos del espiritismo, las cuales, mientras coronan de gloria al gran desenmascarador de espiritistas y metapsíquicos americanos, hacen de esta su obra "un libro notable sobre el espiritismo", como ha escrito el propio P. Palmés (*Iberica*, vol. 37, p. 186).

"Notable", ante todo, nos complacemos en repetirlo, porque es un triunfo en toda línea del espiritismo fenomenista y pseudocientífico y de la metapsíquica revolucionaria que antes describimos; triunfo obtenido no tanto con la espada de la ciencia y del silogismo, cuanto con el fuego graneado de las propias experiencias. "Yo estoy cansado de engañar al prójimo por medios fraudulentos", escribe en la pág. 280. "Tenga presente el lector que proponemos esta explicación... como una teoría más o menos probable, según convenzan al lector los "hechos", que propondremos sacados, no de los libros, sino de nuestro propia experiencia" (341). "Como preparación

vamos a poner a continuación algunos experimentos que hemos llevado a cabo" (360). Y así a cada paso.

Pues de la autenticidad de sus experiencias y resultados dan fe muchas veces las fotografías (veintitantas lleva el libro) y los relatos de los reporteros, testigos presenciales de aquéllos. Y, la verdad, un sólo hecho convence más que muchos raciocinios.

“Notable”, en segundo término, esta obra por el humorismo desenfadado y frescura al natural de que están salpicados todos sus capítulos. El chiste socarrón, la parábola original, la comparación expresiva, la frase feliz, tono familiar de la narración exponiendo hechos, a veces fantásticos, a veces reales y maravillosos; todo ello junto da al libro un interés y atractivo tal, que la frase del prólogo: “puedes meterte, querido lector, por las páginas de este libro sin temor de aburrirte”, es una verdadera profecía.

Creemos, sin embargo, a fuer de imparciales, que más de una vez decae algo el estilo por demasiado familiar. Y peca, hasta contra las reglas del buen gusto, insistiendo tanto en son de zumba en la credulidad de ciertos católicos: “Los Lapponi”, “los Francos”, “los discípulos de Lapponi”, “los Lapponi alemanes” (Gutberlet, Schneider, Wieser), como él se complace en repetir a modo de estribillo burlesco, porque fueron demasiado fáciles en admitir los fenómenos espiritistas y la intervención directa del diablo en los mismos (64-72; 300-301).

En cambio, dada la índole de la obra, que es a la vez científica y popular, de investigación y de vulgarización, creemos bien empleada la ironía y el latiguillo contra los fraudes y supercherías de los espiritistas, “caterva de bribones en gran parte” (*a retinue of rogues*), como los llamó el mismo hierofante del espiritismo, Sir Arthur Conan Doyle (315).

He aquí ahora el plan y trama central de todo el libro. No considera al espiritismo desde el punto de vista religioso ni doctrinal, sino desde el científico y fenomenológico. Ni trata de todos los hechos atribuidos a los espíritus (el P. Heredia como católico y religioso es “espiritualista” y admite el sobrenaturalismo, 158-161), sino tan sólo de los provocados por los profesionales en las sesiones espiritistas. ¿Qué son y cómo han de explicarse tales fenómenos?

La respuesta del autor, aunque dedica enteros los cuatro primeros capítulos de la segunda parte a precisar “el estado de la cues-

tión", y vuelve a insistir sobre lo mismo varias veces (pp. 240, 253, 265), no es tan diáfana ni tan categórica como sería de desear. Con todo su pensamiento central parece ser el siguiente. Apartándose de la opinión corriente, define el fenómeno metapsíquico "un efecto sensible, provocado por un medium como causa instrumental y producido por un agente intelectual oculto como causa principal, por medio de fuerzas algunas veces desconocidas" (188). Después, abarcando con su mirada el cúmulo inmenso de fenómenos misteriosos atribuídos a los espíritus, hace de ellos tres grupos: fraudes espirítistas, fenómenos impropia o malamente llamados metapsíquicos, y fenómenos propiamente tales.

Forman el primer grupo la inmensa mayoría de los fenómenos espíritas (el 90 por 100), de los cuales hace ver por toda la primera parte dos cosas: a), que todos ellos han sido obra de falsarios explotadores (brujos, fakires, espirítistas), sin excluir a los mismos fundadores del espiritismo moderno (26-31); b), que, a pesar de todo, han podido muy bien pasar por hechos verdad. Y si demuestra lo primero con la historia en la mano y con sus propias experimentaciones, el desarrollo de su segunda afirmación pudiera titularse: "Psicología de la decepción". "Hay, en general, viene a decir, una inclinación a creer en la intervención frecuente de causas ocultas en nuestra vida ordinaria.—El número de los crédulos es infinito, aun entre personas cultas y reflexivas, fundadas en que "lo que yo no puedo explicar después de un examen serio es preternatural".—Se ha deferido demasiado a la autoridad, tanto de los tratadistas de espiritismo, que, como Lapponi, "nunca vieron un fenómeno espírita", como al testimonio de muchos observadores. Una cosa es la apariencia y otra la realidad. A estas fuentes sujetivas de decepción hay que añadir las meras coincidencias, la psicología de las multitudes y, sobre todo, las mil trampas y trucos de los astutos y mercantilistas mediums" (152-57). Tal es el asunto de la primera parte.

En la segunda, trazado el plan en los primeros capítulos, elimina o "barre" ante todo de la categoría de fenómenos metapsíquicos todos los del segundo grupo que arriba dijimos (caps. V-XIII). Los unos son tan fraudulentos como los enumerados en la primera parte, entre ellos los aportes, las fotografías espíritas y toda la ectoplasmia o apariciones de fantasmas en sus múltiples formas e imitaciones de miembros humanos en parafina, en cuya elaboración fraudulenta es

maestro el P. Heredia. Otros, o no están demostrados como los raps, la teliquinesia o movimientos de objetos sin contacto o por un medium bien amarrado, o si son reales y no fraudulentos, como las mil alucinaciones y automatismos, se deben a causas naturales, aunque ocultas, del dominio de la psicología, etc.

¿Cuáles fenómenos restan, pues, para la Metapsíquica? Los telepáticos, cuya probable realidad admite el autor, pero patentizado al mismo tiempo que "la causa ordinaria y constante de tales fenómenos metapsíquicos provocados por los mediums no son de ninguna manera los espíritus, ni los no encarnados, ni los desencarnados, sino la comunicación telepática entre las mentes inconscientes de dos personas: "trasmisor" y "percipiente". La teoría no es nueva, sino propuesta ya por Myers y Sir Oliver Lodge. Pero el P. Heredia la confirma con varios casos de su experiencia personal (caps. XX-XXIII), que no dejan de hacer fuerza; y en el grado de verisimilitud en que la propone, creo que por ningún psicólogo será rebatida. Pone, pues, al libro su broche de oro con la siguiente tesis final: "La sentencia que sostiene que la causa ordinaria y constante del fenómeno metapsíquico provocado es una comunicación telepática entre la mente subconsciente del trasmisor y la mente subconsciente del perceptor, tiene un fundamento bastante razonable para ser considerada como una hipótesis exploradora digna de ser puesta a prueba científicamente".

Al cerrar el libro con ella, se escapa espontáneamente de los labios la pregunta con la que Paul Heuze rotula uno de sus folletos contra los metapsíquicos: *Où en est la Metapsychique?* A los repetidos golpes de una crítica mordaz y amena se nos ha esfumado.

Por eso afirmábamos al principio que la obra del P. Heredia, sin el aire y bagaje científicos de Palmés, tendría más eficacia que la de éste contra los enemigos que combaten ambos, ante la inmensa mayoría de los lectores. Por eso también, aunque se le puedan añadir otros reparos a los dichos anteriormente (y entre ellos no ocupan el último lugar las incorrecciones de palabras y frases, nada castellanas), creemos que se la puede recomendar como el mejor libro de propaganda antiespiritista escrito en castellano. Una obra en suma de mérito excepcional e interesante en sumo grado, no tan sólo por los muchísimos datos que contiene vividos por el mismo autor, sino también por estar expuestos en estilo popular y con mucho gracejo y amabilidad.

La obra del P. Heredia ha salido además con mucha oportunidad. Pues poco más de un año antes había visto la luz pública en España otro libro de asunto y título similares a los dos anteriores, aunque de índole muy diversa. Nos referimos a

3. *LOS FENOMENOS MISTERIOSOS DEL PSIQUISMO*, examen crítico por el Dr. T. POODT: Astrología, Magia, Brujería, Sibilismo, Fantasmas, Encantamientos, Magnetismo, Palingenesia, Ectoplasma, etc.; versión española del Dr. JOAQUÍN FUSTER, del Instituto Mental, de Barcelona (436)-8.^v; 12 p.—Sucesores de Juan Gili, Cortes, 581, Barcelona, 1930.

Propónese el docto y eruditísimo autor (p. 6) librar a sus lectores del escepticismo en estas materias; pero, a nuestro juicio, más bien los predispone hacia él. Porque la obra, ni es fruto de experimentos propios, ni siquiera crítica de los ajenos. Sino “un trabajo de yuxtaposición de ideas y teorías diversas, de modo que el lector podrá hacer por si mismo un juicio más o menos claro” (*Ibid.*). Mas para eso sería menester que se definieran y deslindaran mejor unos de otros tantos y tan similares fenómenos como se tratan en los 24 capítulos de la obra; y que dentro de cada capítulo, tejido efectivamente de textos de multitud de autores, casi siempre franceses o belgas, se hiciera constar el grado de autoridad y solvencia de los autores; y que “los comentarios” intercalados por el Dr. Poodt con el fin de “hacer más comprensibles” las citas, fueran verdaderas discusiones críticas o, cuando menos, indicaciones y posiciones bien definidas. Y pasa justamente todo lo contrario: que en general la conclusión de cada capítulo es un interrogante. (Véanse al fin los caps. VI, VIII, XII.)

Pues a esta imprecisión fluctuante y nebulosidad de exposición que domina toda la obra, hay que añadir las no pocas inexactitudes y aun errores en la doctrina: como afirmar que “la Materia es el origen de toda la energía, y que esta Energía que comprende todas las fuerzas conocidas y desconocidas del Universo, nacería por la desintegración de la materia” (p. 14); hablar de “vida inorgánica y vida celular” (p. 22); atribuir sensibilidad a la materia bruta (p. 20) e inteligencia a los brutos, y mayor que la de ciertos hombres (cap. XVI); definir la conciencia una suma de recuerdos (p. 309), o considerar posible la fotografía del pensamiento (p. 325); contar entre los fenómenos telepáticos las predicciones de sucesos futuros (p. 213), y lo que es más, la predicción de Ezequiel sobre las iniquidades que se cometían

en el templo (p. 204), y el hecho de haber asistido a la muerte del Papa Clemente XIV San Alfonso María de Ligorio, permaneciendo dormido en Arienzo (*Ibid.*), etc., etc.

Pero más censurable nos parece todavía el que mezcle los raptos y otros fenómenos sobrenaturales de los Santos con las levitaciones espiritistas (cap. XV), y el "MANE, THECEL, PHARES", de Baltasar, con la escritura automática (p. 336). Tampoco traza limpia la línea divisoria entre el verdadero milagro y su caricatura. En fin: si no fuera porque en el capítulo XI afirma expresamente que las curaciones milagrosas de Lourdes no se pueden explicar naturalmente, diríamos que el autor era partidario de la Metapsíquica tipo Richet. Y si cree en la inmortalidad del alma humana, ¿por qué encabezar el capítulo XXII con este texto del mismo Richet: "La Metapsíquica subjetiva será siempre impotente para demostrar la supervivencia. Es temerario negarla, pero es todavía mil veces más temerario el afirmarla?" Tal es la impresión sumaria que nos ha dejado la lectura de *Los Fenómenos Misteriosos del psiquismo*.

4. Bien diversa es la índole de la cuarta obra reciente antiespiritista, o que nos queda por reseñar. Más que la fenomenología espiritista, a la que dedica tan solamente el último de sus quince largos capítulos, estudia las doctrinas fundamentales filosófico-religiosas del espiritismo, contraponiéndolas a los dogmas correspondientes de la Iglesia católica, interpuestas o yuxtapuestas a entrambas las opiniones de los diversos sistemas filosóficos, antiguos y modernos. En el recuento y exposición de ese "mare magnum" de opiniones, no siempre bien definidas, más que el autor, cuyas ideas y observaciones personales forman una mínima parte, llevan la voz cantante los centenares de fuentes, nada selectas, las más variadas, y casi siempre de segunda o tercera mano, de cuyas citas, a menudo extensas, está entrelazado todo el libro. Una obra de esa índole forzosamente habrá de resultar erudita, sí, y bastante sólida en la doctrina; pero poco personal, nada profunda y de las que no hacen más que desflorar las cuestiones.

A eso viene a reducirse la segunda parte de su obra en dos tomos *SANTA TERESA* y *EL ESPIRITISMO*, por el R. P. EUSEBIO DEL NIÑO JESÚS, C. D., que lleva el subtítulo: *Puntos cardinales del Espiritismo* (1).

DIONISIO DOMÍNGUEZ

(1) (696) 8.º—Editorial "Mensajero de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz". Madrid, Plaza de España (Apartado 8.035). 1930.